

PEDRO H. SARRIONANDIA  
GARAITIK MAROKORA ETA ITZULERA

DURANGO PUDO SER DETROIT

ZORNOTZAKO BATAILA

LA EDAD DE ORO DEL CASERIO VASCO

# astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA

6.zk 2012 5€



# LA EDAD DE ORO DE LOS CASERÍOS VASCOS

A través de los ojos nublados  
de Guillermo de Humboldt

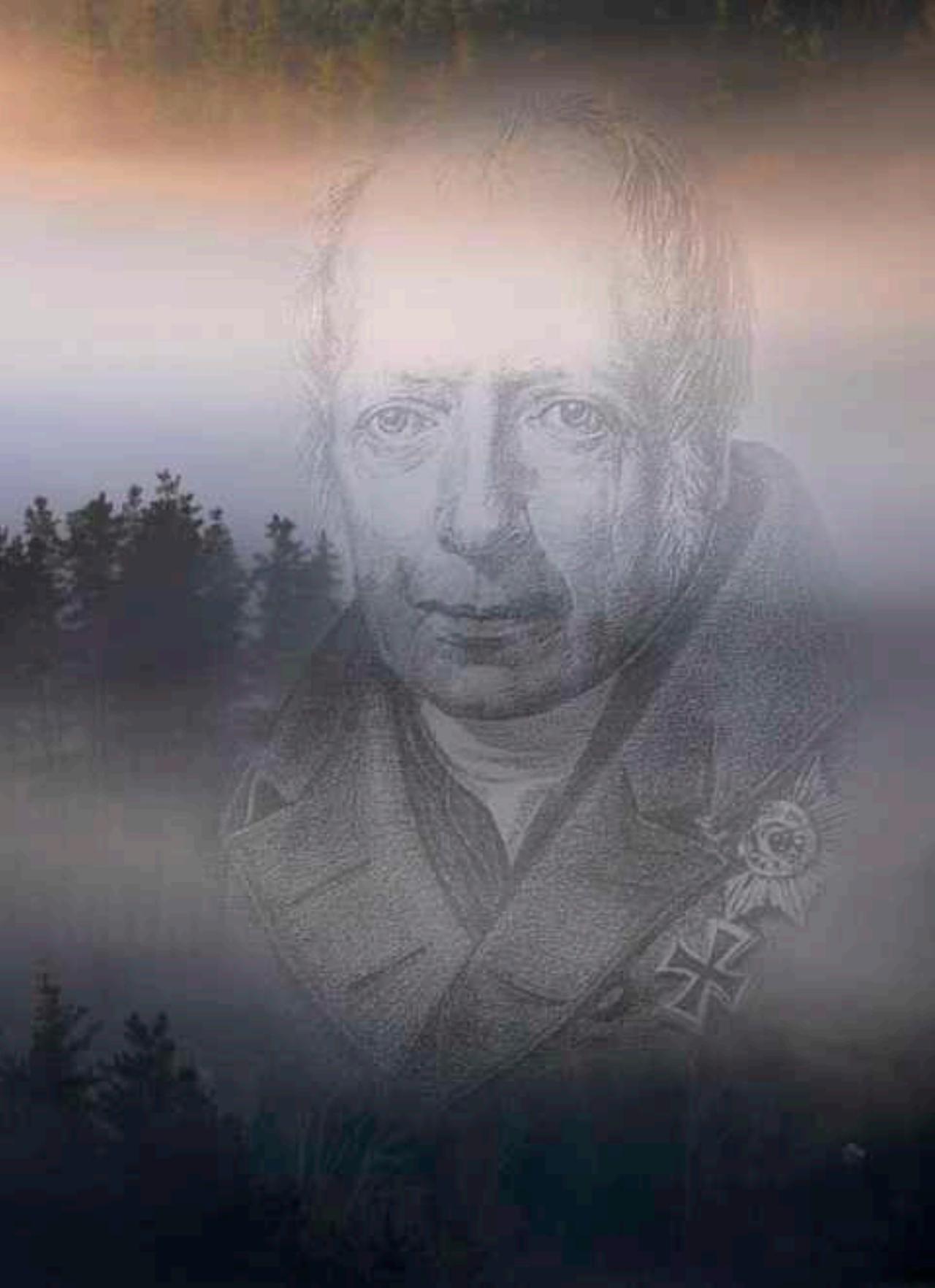
---

TEXTO: ALBERTO SANTANA

FOTOS: TXELU ANGOITIA

---

Entre el 7 y el 8 de mayo del año 1801 el célebre erudito alemán Guillermo de Humboldt viajó desde Vitoria-Gasteiz hasta Durango a través de Otxandio y del puerto de Urkiola. Era su segundo viaje por tierras vascas y, tras haber pasado unos días aburridos en Vitoria, escribe en su Diario que *"anhelaba sumergirme otra vez en los solitarios valles de Vizcaya"*. La primera visión de estos valles idealizados se le ofreció nada más superar el santuario de los Santos Antonios, al contemplar entusiasmado un paisaje que describe como...



"Romántico en sumo grado. Una oscura muralla de peñas (...) separada en tres magníficas masas (Ambota, Uncilla y Santa Lucía) —Anboto, Untzillatx y Mugarra- entre las cuales se precipitan estrechos valles hacia el lado del mar. (...) En medio se elevaba, limpia y libre, una pirámide aislada —Untzillatx- a cuyo pie se enroscaban agradablemente dos fértiles llanuras". El descenso por la calzada real le pareció un "camino agradablemente plantado con árboles que conduce abajo por entre las peñas, rodeado por todas partes por una exuberante vegetación". Finalmente, "al pie de estos montes está Mañaria, el pueblo más encantador que he visto en Vizcaya".

Una vez alcanzado el valle, al viajero le parece que "El camino de Mañaria a Durango no tiene ya tan sorprendentes sitios, pero sí muchos igualmente simpáticos y agradables" y aunque reconoce que

"un viaje a un pequeño país agricultor, de vida apartada, no puede ofrecer ningún gran interés en la descripción" pide licencia al lector para "detenerme en algunos puntos donde se ofrecen precisamente rasgos muy especialmente característicos.

Uno de estos puntos es el de las viviendas dispersas de los campesinos en el valle de Durango, donde la antigua sencillez de costumbres vascongadas se ha conservado todavía más pura" o, como escribió en la primera redacción de su Diario, "donde las antiguas costumbres vascongadas están menos desfiguradas por ningún añadido extraño"

Guillermo de Humboldt permaneció en tierras de Durango desde el 9 al 13 de mayo, y puede asegurarse que esa semana fue clave en la elaboración de su construcción teórica sobre la singularidad de la cultura, la historia y la lengua de los vascos, y que de las intuiciones básicas de



Grabado del camino de Urkiola a Mañaria. Siglo XIX.

 Gaztelugoitia (Abadiño)



 Zubiategiki (Atxondo). Caserío y escudo.



aqueños días extraería conclusiones que germinarían en las líneas maestras de toda su contribución intelectual. Aquella semana de mayo de cielos nublados y vientos locos desembocó en una violenta borrasca que, en los días sucesivos, provocó el desbordamiento de los ríos de Bizkaia y mantuvo a Humboldt retenido por la fuerza durante tres días en una posada de Gernika. Pero aquellas jornadas inestables de primavera transcurridas en la Tierra de Durango fueron los días felices en que Humboldt cayó hechizado por el rudo embrujo del labrador vasco y fascinado por la austera nobleza de los caseríos del valle, los cuales elevó a la categoría de pilar central de su representación imaginaria del País.

Es esos días comprendió que “consiste la médula de la nación vasca propiamente en los labriegos, que viven dispersos y aislados, a menudo profundamente en la montaña. (...) Por la expresión de orgullo que esta convicción imbuje (...) se reconoce a la primera mirada que ellos son los verdaderos señores y jefes del país” y se convenció de que en el país de los vascos “El derecho del verdadero poder supremo (...) descansa en la nación misma y en su mayor parte en la parte labradora de esta. Ninguna manera de feudalismo se ha colado en este dichoso ángulo de Europa. Con estas ideas se ha de entrar en los Caseríos, si se quiere comprender por completo





 Caserio Isuntza (Berriz). Ilustración: Imanol Larrinaga



Bitañaojauregi (Izurtza)

toda su hermosa peculiaridad, la vida y el carácter de sus habitantes” Porque “En estas viviendas aisladas nutre el vasco el espíritu de libertad e independencia que le distingue, y no estando en ellas rodeado de nada extraño, se aficiona con apasionado amor a las peculiaridades de su manera de vivir, de su nación y de su idioma”

Obviamente el feudalismo no sólo se había colado sino que se había quedado a vivir confortablemente durante muchos siglos en esta tierra plenamente europea. Prueba de ello es que, al salir de Mañaria, Humboldt tendría que haberse dislocado el cuello para no reparar en que a muy poca distancia, “a la izquierda asoman por encima del bosquecillo los restos de un antiguo castillo”, es decir, para no percibir la presencia autoritaria de la silueta señorial de la vieja Torre Etxaburu, pero puede disculpársele que, comparativamente, llamasen más su atención los dos magníficos caseríos de piedra de Ormaetxe y Etxaburu recién inaugurados en ese mismo punto, que se alzaban ante sus ojos, también al lado izquierdo

del Camino Real. Estas dos casas, de espléndida ejecución y enormes dimensiones, encarnaban la más alta expresión de los caseríos del Duranguesado de finales del siglo XVIII o, lo que viene a ser lo mismo, uno de los tipos más refinados de la vivienda campesina europea de todos los tiempos.

Cerca de trescientos caseríos del Duranguesado, proyectados por maestros de obra locales entre 1720 y 1830, y contruidos por experimentados canteros que exhibían su talento labrando arcos de piedra de estilo italiano, pilares, columnas clásicas, balcones, cornisas y escudos de armas de una calidad desconocida en cualquier otro ámbito rural europeo, constituyen el robusto tronco central de la Edad de Oro del caserío vasco. También podrían interpretarse, tal y como hizo Guillermo de Humboldt, como la expresión más clara del éxito económico de una peculiar formación social de hombres libres: una sociedad formada por labradores independientes y propietarios de sus granjas que controlan todo el poder político en sus comunidades.



LARRAZABAL (Elorrio)



ZABALABEKOA (Elorrio)



BITAÑOJAUREGI (Izurza)



SAN JULIAN (Iurreta)



ALDEKOA (Mallabia)



BERRIZBEITIA (Berriz)



URIBESALAZAR (Iurreta)



OROZKETAGOIKOA (Iurreta)



*ESTERRIPA (Abadiño)*



*GARAZARGOIKOA (Iurreta)*



*DORRONSOLO (Atxondo)*



*ETXEBARRIA (Abadiño)*



*BERRIO (Elorrio)*



*URIBEONDO (Iurreta)*



*ITURRIAGAGOTIA (Abadiño)*



*MURUETA (Abadiño)*



Esterripa



Gaztañatzabeaskoa



San Julian

Contrariamente a lo que suele pensarse, la sociología política del País Vasco que describe Humboldt no es tanto el fruto de su observación directa de la realidad, como de sus lecturas de viaje —que él mismo cita detalladamente— y de sus conversaciones con aristócratas patriotas, ilustrados locales y algunos eclesiásticos eruditos. Es a través de personajes como Lorenzo Prestamero, Pablo Pedro Astarloo, José María Murga o Juan Antonio Moguel como tiene conocimiento de la teoría del campesino vasco como hijodalgo y hombre plenamente libre, que había sido alumbrada en el Fuero Nuevo de Bizkaia de 1526, contradiciendo radicalmente al todavía reciente, y muy feudal, Fuero Viejo de Bizkaia de 1452, que diferenciaba nítidamente los limitados derechos de los labradores de las prerrogativas y privilegios de sus auténticos señores hidalgos.

A pesar de que en 1801 la mayor parte de los labradores del Duranguesado fuesen simples inquilinos que pagaban por el derecho a residir en un caserío arrendado y para poder trabajar unas tierras que no les pertenecían,

y a pesar de que esta condición de arrendatarios les excluía de poder aspirar a cualquier cargo de gobierno o representación pública en sus ayuntamientos o en las Juntas Generales, no resulta extraño que a Humboldt la contemplación de los grandes caseríos del Duranguesado le hiciese concebir el pensamiento de que había descubierto un refugio de libertades y prosperidad campesina único en el mundo del Antiguo Régimen. Ciertamente, si lo comparaba con su Pomerania natal donde la casi



Esterripa

totalidad de los labradores eran de condición servil y el 40% de ellos estaban todavía sometidos a corveas o prestaciones feudales de trabajo gratuito para sus amos, la situación de los habitantes de los caseríos vascos podía considerarse desahogada e incluso parecer envidiable.

Una tarde Humboldt tuvo ocasión de visitar personalmente un par de caseríos. Por las pistas que da en su Diarios, suponemos que sería alguna de las granjas de colonos que el comandante Pedro María de Ampuero poseía en el vecino barrio de Bitaña, de Izurtza. Pedro María era un oficial de la armada española, de formación ilustrada —su padre, Pedro Joaquín había sido uno de los primeros miembros de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País— y orientación política liberal, que una década más tarde llegaría a ser el primer alcalde constitucional de Bilbao, en 1812. En Bilbao le consideraban uno de los cuatro vecinos mas “pudientes y arraigados” con fuertes intereses comerciales e inmobiliarios, pero en Durango, donde tenía su palacio familiar, actuaba como un rentista rural conservador, administrando una herencia inmovilizada de más de veinte caseríos, entre los que se contaban todos los de la pequeña aldea de Bitaña, cuyos labradores le denominaban simplemente, “el amo”. Escribe Humboldt: “Visité una tarde un caserío del monte hacia Mañaria. Las casas son, con pocas diferencias, edificadas todas de la misma manera, de ordinario de dos pisos, mitad de madera, mitad de piedra, con tejados de poca inclinación, sin chimeneas. En la entrada hay un emparrado abierto, apoyado en medio sobre una columna de madera o de piedra, y a los dos lados están dos robustas cepas, que entrelazan fraternalmente sus sarmientos muy frondosos en el medio de la casa. (...) Como sitio de reunión de la familia, en las pocas horas libres del trabajo del campo, sirve la cocina. Los pequeños aposentos inmediatos sólo se usan para dormir, y para los menesteres caseros, p. ej. tejer. Arriba son buhardillas e





Etxebarria



Esterripa



Berrio



 Dorronsolo

inmediato a la cocina el establo. (...) El pesebre está en la cocina, empotrado en la pared que la separa del establo, y en la pared hay dos aberturas por las que pasan el pescuezo los animales (...) Bajando del monte nos encontramos con las hijas de la casa, con pesados sacos sobre la cabeza, en los que llevaban harina del molino.”

El caserío del barrio de Bitaño que visitó Humboldt pudo ser Erdoiza, Aurtenetxe o bien, más probablemente, Zabalala. Los tres responden con exactitud al esquema que describía el viajero prusiano, de casa con muros de piedra en la planta baja y estructura de entramado de madera en la planta alta, con un gran soportal abierto en la fachada delantera y una columna dórica de piedra central, con la entrada protegida por una parra de chacolí. Todos ellos eran buenos caseríos, pero eran fundamentalmente edificios anticuados para su tiempo, pasados de moda. Formaban parte de la generación de granjas construidas en la segunda mitad del siglo XVII y sus instalaciones, y el modo de vida que se desarrollaba en su interior, habían quedado en cierto modo obsoletas.

No resulta comprensible cómo pudieron escapar de la observación minuciosa de Humboldt los caseríos de reciente construcción que proliferaban por todo el valle de



*Iturriagagoitia*



*Murueta*



*Bitañojauregi*

Durango. Casas de labranza de enorme potencia visual y gran coste económico, que dominaban el paisaje de su entorno y que no encajaban bien en el discurso intencional sobre la simplicidad voluntaria de los labradores vascos que entonces estaba componiendo. La lista de los mejores caseríos barrocos del valle –muchos de los cuales Humboldt tuvo por fuerza que ver, pero que ocultó en sus Diarios- incluye ejemplos sobresalientes de la arquitectura rural vasca, como Zubeltza (Abadiño), Etxebarria (Abadiño), Arezti (Abadiño), Iturriaga Goitia (Abadiño), Gaztelu goiko (Abadiño), Esterripa (Abadiño), Murueta (Abadiño), Zubiata (Atxondo), Dorronsolo (Atxondo), Isuntza Goikoa (Berriz), Berrio (Elorrio), Ibarluzea Olakoa (Elorrio), Uriko Azpikoa (Elorrio), Zabala Bekoa (Elorrio), Arabio Gainekoa (Elorrio), Arroita Beitia (Garai), Uribe Nagusia (Iurreta), Bixko o Gaztainetza Beaskoa (Iurreta), Garaiza (Iurreta), Palacio San Julian (Iurreta), Orozketa Goikoa (Iurreta), Ormaetxe (Mañaria), Etxaburu (Mañaria), Ormaetxe Goiko (Mañaria), Uriarte (Mañaria), Aldekkoa (Mallabia), Apoita (Mallabia), Zengotita Bengoa (Mallabia), Zengotita Beitia (Mallabia), Eitzaga Goikoa (Zaldibar), Zelaia (Zaldibar), Garaita Zelaia (Zaldibar). Se trata, a partes iguales, de caseríos pertenecientes a la élite local de labradores propietarios que pretendían consolidar su presencia en el gobierno municipal alzando



 Iturriagagoitia. Detalle del escudo.



📍 Urikoganekoa (Elorrio)



una gran casa, y de caseríos explotados en régimen de arrendamiento por ricos mayorazgos absentistas que, a través de un lenguaje arquitectónico de prestigio, pretendían reforzar sus vínculos simbólicos con el solar originario de su apellido, del que se derivaba su condición nata de nobles vizcainos.

La visión de Humboldt sobre los labradores y caseríos vascos de la Edad de Oro era intencional y sesgada, y casi con toda certeza aleccionada, o al menos muy influenciada, por el pensamiento primitivista de sus interesados informantes locales, quienes le orientaron en sus visitas a seleccionar entre la compleja variedad de elementos de la realidad de 1801 tan sólo aquellos que permitieran retratar una imagen arcaica y esencialista del país. Así se entiende que el viajero, en lugar de dedicar una sola línea a los modernos caseríos de arcos de piedra que le asaltaban a su paso y que tanto abundaban en el valle

de Durango, se empeñase en orientar la atención de sus lectores a recrear con todo lujo de detalles la imagen exótica y económicamente irrelevante de los "Garaijas", los viejos hórreos de madera del siglo XVI, que entonces estaban prácticamente extinguidos, hasta el punto de tener que admitir que "nosotros tuvimos trabajo en un largo paseo para encontrar uno solo", que suponemos que no sería otro que el granero de Ertzilla, en Iurreta.

Nublados por la emoción de descubrir las huellas de un mundo ideal de labradores y caseríos que nunca había existido, los habitualmente perspicaces ojos azules del mejor testigo de su tiempo fueron incapaces de reconocer la existencia de un universo real en el que florecían las más bellas casas de labranza de Europa. 

**Alberto Santana**

Historiador